

Narrativa Salvaje

DANIEL EZQUERRA

C O N S

P I R A

N O T A



Los Libros del Salvaje

Del texto: © Daniel Ezquerro, 2026  
De la edición: © Los Libros del Salvaje, 2026  
Primera edición en Los Libros del Salvaje: abril 2026

Título  
*Conspiranoia*

Colección Narrativa Salvaje 3

Portada diseñada por: Laura G. Loaisa

Editorial

**Los Libros del Salvaje**

Aldea Betán, 12  
32704 Baños de Molgas (Ourense)

<https://loslibrosdelsalvaje.com>

Este libro ha sido impreso con papel libre de cloro y con certificación FSC,  
procedente de bosques gestionados de forma sostenible.

Impreso en Gráficas Ulzama Digital  
Pol. Ind. Areta, C./ Altzutzate 51.  
31620 Huarte (Navarra)

ISBN: 978-84-129435-6-6  
Depósito Legal: OU 35-2026

DANIEL EZQUERRA

C O N S

P I R A

N O I A



## CAPÍTULO 1

Solo quería tirármela, nada más. A estas alturas parece absurdo, algo fuera de lugar; sé que lo parece, pero no lo es. Mi nombre es Diego, Diego Rocamora, aunque todos me conocen como Johny, de Johnny Weissmüller. Apodos que te ponen de crío y no sabes muy bien por qué. No será por el parecido, desde luego. Me he permitido quitarle una n; el original lleva dos porque viene de Johann, me he informado. Así que Johny. Pero Diego también me gusta. Lo tengo seminuevo, con el estuche original; carne de coleccionista.

Su nombre es Sofía, de apellido Gallardo. Una chica rubia, de aspecto delicado. Altura media tirando a baja y cara de niña buena. Preciosa. De las que te hacen girar la cabeza por la calle para verla dos veces, aunque solo sean dos. Se vino a vivir aquí hace... tres años, más o menos, y fue todo un acontecimiento. No tanto porque fuera ella, que también, sino porque alguien, cualquiera, se viniera a vivir aquí. A nosotros nos engañaron, pero ella no tiene excusa. Lo eligió porque quiso. Dice que le gusta la tranquilidad, que es lo más parecido a irse al campo pero sin olor a mierda de vaca.

En plena burbuja un visionario imaginó, planteó, sobornó y levantó un complejo de tres mil quinientas sesenta viviendas. No es una urbanización, es toda una ciudad. En mitad de la nada y sin un solo local comercial. Para comprar pan tengo veinte minutos de coche, bueno, cuando tenía coche. La bautizó como El Palmar, y resultó profético, ahora se la conoce como «la Ciudadela».

Reventó la burbuja y los incautos que nos aventuramos y quisimos vivir por encima de nuestras posibilidades (*sic*) reventamos con ella. Yo perdí el trabajo y a la primera carta de desahucio entregué las llaves en el banco. Pero hice una copia antes y ahora soy okupa en mi propia casa. La luz y el agua siguen llegando y no me pasan factura. No sé lo que habrá ocurrido, pero rezo para que continúe. Bendigo cada día a la incompetente burocracia. Supongo que el banco estará intentando colocar el piso, suerte con eso. Aquí no quiere venir nadie, nadie excepto Sofía.

De las tres mil quinientas sesenta viviendas hay ocupadas unas doscientas, más las ilegales. Esos no tienen tanta suerte como yo, pinchan la luz de las farolas y para el agua se apañan con depósitos y garrafas, por eso el proyecto de piratear la red municipal.

En mi portal somos cuatro vecinos y hay siete pisos por cuatro letras cada uno: veintiocho casas. Hemos abierto unas cuantas y las usamos de almacén, o de lo que sea. En el 2.º B jugamos al fútbol, un «tres pa tres» contra los chicos de Juanma.

Pasear por el barrio es como estar en una película postapocalíptica, solo faltan los arbustos rodantes y los escombros. Aquí todo está bastante limpio, salvo por los chopos y demás vegetación que empieza a brotar por cualquier sitio. Dentro de unos años tendremos que pelear para mantenerlos a raya, pero de momento nos centramos en sobrevivir, intentamos hacernos la vida más sencilla. Hay una asociación, si estás dentro puedes aprovechar los viajes de otros a la ciudad o tirar de economato y, a cambio, te toca echar una mano cuando se necesita. Si estás fuera te lo montas por tu cuenta, nadie te va a decir nada mientras no molestes. Yo estoy dentro, y Peque también.

Paulino Contreras, alias Peque, uno de mis tres vecinos. Los otros son Sofía y el peluquero, que están fuera de la asociación. Nadie sabe el nombre del peluquero, ni quiere saberlo. «El peluquero» está bien, a nosotros nos vale. Peque es un hombre de cincuenta años, viudo, al que diagnosticaron cáncer hace seis meses. Le dieron tres, así que está más allá del tiempo de descuento. Saborea cada segun-

do, listo para la guadaña. Y nunca, jamás, tiene prisa. Y es enorme el cabrón. Casi dos metros y más de ciento cuarenta kilos. No se afeita desde que murió su mujer. Algo bueno tenía que tener, dice. Y se corta él mismo el pelo. Es una combinación curiosa de ver.

Abandonó la quimio, sus razones tendría, y ha decidido automedicarse con fármacos de venta sin receta. Para las molestias cotidianas usa marihuana. Es mi mejor cliente. Para los días duros le consigo caballo. No trabajo con eso, pero a él sí se lo traigo. Haría lo que fuera por Peque. Y sé que él lo haría por mí.

El único problema que tiene son los arrebatos de locura. Todos en la Ciudadela tenemos nuestras taras, es normal tenerlas si has decidido vivir en un lugar como este. Pero el caso de Peque es distinto. Un día entró en el 3.º C y se puso a romper todos los azulejos de la casa con un martillo de carpintero, uno a uno, haciendo intrincados dibujos geométricos. Cuando le encontré ya iba por el segundo cuarto de baño. Aquel día se levantó de la siesta y no es que le apeteciera, es que lo necesitaba, tenía que hacerlo. Y no cualquier casa, ni cualquier herramienta: el 3.º C, con un martillo de carpintero. Tuvo que ir hasta la ciudad a comprarlo, es muy puntilloso con sus locuras.

Peque, Sofía y yo tenemos algo en común, aparte de ser vecinos. Y además de jugar al fútbol contra los chicos de Juanma. No tenemos trabajo ni cuentas bancarias, todo el dinero en efectivo. Aunque por motivos diferentes. Yo porque tengo un pufo de seis cifras con el banco y me dedico a cultivar marihuana y otras drogas psicodélicas. Todo natural, conste, y de la mejor calidad. Pero es ilegal y no cotizo. No vengo a dar lecciones a nadie. Me han echado del sistema y el billete de vuelta es prohibitivo, así que me busco la vida. Sofía no tiene trabajo, ni lo quiere, porque su familia tiene pasta y le sueltan todo el dinero que pueda necesitar. Y lo de las cuentas bancarias... En fin, cosas suyas. Lo primero que hizo Peque cuando le diagnosticaron el cáncer fue pedir un crédito a veinte años. Le costó lo suyo, pero con la ayuda de un abogado consiguió sacarlo todo en metálico. Su siguiente movimiento fue dejar el trabajo y

prender fuego a la casa del pueblo que había puesto como aval. No necesitaba hacerlo, pero... Bueno, se parte cada vez que sale el tema. Las cartas amenazantes del banco las usa para limpiarse el culo, literalmente. Es la única persona que conozco que abre la correspondencia bancaria con ilusión sincera. A veces hasta la contesta. Él puede hacerlo; no es que esté en otra liga, es que juega a otro deporte.

Los tres sabemos que el dinero es tuyo cuando lo tienes en el bolsillo, si no dependes de gente poco confiable, sospechosa, despreciable. Gente con zarpas codiciosas que quieres lejos de tu dinero. Si vas a robarme, por lo menos acércate a mi casa, márchate las manos, dame la oportunidad de defenderme. Las comisiones y los embargos son maniobras feas, de colegio pijo y pocos huevos. Por todo esto es por lo que nosotros no pisamos una sucursal bancaria ni para mear en el cajero.

Pasamos juntos bastante tiempo, Peque, Sofía y yo; en la azotea, sobre todo. Allí tengo mi plantación de exterior, no solo de hierba, también tengo un huerto. Participo y trabajo en los huertos comunes, los que cultiva la asociación en las antiguas zonas ajardinadas, pero este es solo mío, aunque comparto la producción con mis vecinos. Con el peluquero no.

Peque sube a fumar porque le gusta mirar el horizonte. Y se pasa horas haciendo aviones de papel. Tarda casi media hora con cada uno, son muy buenos. Cuando por fin despega es un espectáculo, incluso tiene ya su ritual, con plataforma de lanzamiento y banda sonora. Las ventanas del edificio de enfrente están divididas como una diana. Si no hay viento consigue más puntos de los que podría parecer. Un día, por accidente, metió uno en casa de Juanma. Ese día le invité a cenar.

Sofía se pasa el tiempo montando artilugios imposibles. No sé de dónde sacará las ideas. Probó con un generador eléctrico de energía toroidal, sea lo que sea eso. Era algo con imanes, no me enteré muy bien. Yo le sigo siempre el rollo porque es imposible no hacerlo. Me mira con esos ojos y me lo explica tan emocionada, y está

tan buena, que asiento con la cabeza y le ofrezco todo mi dinero para invertir en el proyecto. Cualquier proyecto. También ha intentado lo del motor de agua, una pila de hidrógeno con sosa y aluminio, una calefacción solar con latas de cerveza pintadas de negro mate —para lo que me sentí útil aportando todas las de mi basura— y un montón de cosas que ni siquiera puedo recordar. Lo raro es que algunos de sus cacharros funcionan bien. Y cuando lo consigue, se aburre y se pone con otro.

Yo invierto algunas horas en la asociación, o paseando a Bica, pero el resto estoy con ellos. Peque no trabaja en la asociación porque no está para perder el tiempo, así que aporta dinero y hace con su día lo que le da la gana. Nos hemos montado una barbacoa en la azotea, con muebles de jardín y una zona *chill out* de césped artificial. Cuando Sofía y Peque se tumban a tomar el sol es... bueno, cuesta imaginar que sean de la misma especie.

Sería al final del verano pasado cuando Sofía se embarcó en el proyecto del cañón de iones. Le dio fuerte aquella temporada con lo de los *chemtrails*. Subía todos los días al amanecer para ver las estelas de los aviones. Pero subía con un mapa y un diagrama de las rutas aéreas y un informe detallado de las condiciones meteorológicas y los horarios de todos los aeropuertos que pudo conseguir. Pronto llegó a la conclusión de que ciertos días, normalmente el segundo día tras una temporada lluviosa, a primera hora de la mañana y con el cielo despejado, un número variable de aviones se dedicaban a hacer algo parecido a cuadrículas con sus estelas. Además, esas estelas permanecían mucho más tiempo y se difuminaban hasta crear una neblina que iba cayendo. Un día vino a levantarme para que lo viera y, entre bostezos, tuve que reconocer que eso era ciertamente extraño. Yo tampoco recordaba haberlo visto nunca, ni la cantidad de estelas ni esa manera tan extraña de formar una nube borrosa.

Fue el 11 de septiembre, lo recuerdo bien porque era mi cumpleaños. A partir de ese día mis fantasías con ella incluían siempre un gorro de papel de aluminio. Porque quizá estuviera loca, pero

eso nunca ha sido un problema para mí. Era por la tarde, yo andaba preparando una parrillada de verduras de la huerta. Hice el fuego, las dejé listas y me di una vuelta por la azotea mientras se hacían las ascuas. Peque estaba sentado en el borde de la azotea con los pies colgando, fumaba porros en silencio con la vista perdida en el horizonte. Bica a su lado, un poco más atrás, miraba en la misma dirección. Las vistas del atardecer eran espectaculares y no quise molestarles. Sofía estaba en el suelo, frente a un aparato aún informe, con su caja de herramientas al lado. Es ordenada trabajando, nada de destornilladores y llaves tiradas por todas partes, usa algo y lo deja en su sitio. Ni la suciedad le alcanza. Abrí la nevera portátil y cogí una cerveza para mí y agua para ella. Solo bebe agua mineral, en botella de vidrio y de una marca concreta. Nada más. Fui allí y se la ofrecí, sin dejar de mirar aquel aparato.

—Gracias —me dijo.

—¿Qué es? —pregunté.

—De momento, chatarra —habla perfectamente, pero las dobles erres le siguen traicionando. Mundo anglosajón.

—¿Y qué será?

—Un cañón neutralizador de iones.

—Pues no se parece mucho a un cañón.

—Ya... —concedió, y se rio un poco. Hablaba mientras apretaba unos tornillos muy pequeños.

—¿Para qué sirve? —le pregunté, solo por charlar.

—Para neutralizar iones.

—Parece lógico.

—Quiero neutralizar los iones de los *chemtrails*.

—Claro...

—Sueltan iones de aluminio, bario, estroncio... También tienen partículas biológicas, dicen que para los cultivos, no sé. A mí me preocupan los iones.

—Pues en tu agua mineral hay unos cuantos, que lo he visto en la etiqueta.

—Esos son buenos.

—¿Y los otros son los malos?

—El aluminio provoca apatía, demencia, pérdida de memoria y daño al sistema nervioso central, incluso problemas en los órganos reproductivos. Tú dirás...

—Vaya, así que quieres tener hijos —solté, intentaba cambiar de tema.

—No lo sé, no creo —respondió—. Pero eso es decisión mía, no suya.

—¿Suya?—pregunté extrañado—. ¿De quién?

—¿Cómo que quién? —Se sorprendió. Dejó lo que estaba haciendo. Me miró muy seria—. De *ellos*.

—¿Quiénes son *ellos*?

—Pues *ellos* —insistió, y lo dijo como si tuviera que saberlo.

—*Ellos*...

—Sí, *ellos*.

—¿Y qué es lo que pretenden, *ellos*, con lo de los *chemtrails*?

—Están modificando el clima —aclaró, y volvió a su aparato—. Y de paso hacen a la población más sumisa. Apta para aceptar las medidas que quieren imponer. ¿No te resulta extraña tanta apatía con la situación social que hay?

—No sé, puede ser. Pero que sea por los *chemtrails*...

—Puedes buscarlo en internet, hay muchísima información al respecto. Pero no busques *chemtrails*, te van a salir todo conspiraciones. Busca geoingeniería.

—No tengo internet en casa.

—Es verdad, siempre se me olvida.

Eché un vistazo al fuego, tenía tiempo. Peque y Bica seguían a lo suyo. Cogí otra cerveza y me senté a su lado.

—Venga —la animé—, cuéntame.

—¿En serio?

—Sí.

—Está bien... En 1991 salió la patente Welsbach, que habla de fumigar partículas de aluminio y bario en la atmósfera para reducir el efecto invernadero y luchar contra el cambio climático. Es-

tuvieron probando en Estados Unidos y ahora lo han implementado en todo el mundo. En 2012 Bill Gates, cuyo nombre significa literalmente «las puertas del billete», empezó a financiarlo oficialmente. Y ya se ven las consecuencias: un aumento del contenido de aluminio en el suelo, que en zonas ha aumentado de 5 g/kg hasta 10 g/kg, y un aumento de los casos de intoxicación por estos metales pesados, lo cual ha derivado de manera sorprendente en un incremento del límite toxicológico permitido para el bario desde 20 mg/L hasta 290 mg/L sin una razón aparente. El aluminio provoca enfermedades neurológicas degenerativas y está aumentando de manera alarmante los casos de alzhéimer en gente cada vez más joven. No sé tú, pero yo he dejado de creer en las casualidades.

—Sofía, si esto fuera cierto habría salido a la luz, no se puede ocultar algo así.

—Tienes razón. Tampoco tratan de hacerlo. Sale en las monedas del Vaticano, por ejemplo. Y la gente habla, es inevitable, entonces lo que hacen es subir el volumen de la música. Más entretenimiento, más noticias absurdas, más estrés, más violencia, más miedo. Puedes encontrar la información, pero no esperes que te la pongan por la tele.

—Tampoco veo la tele.

—Ya lo sé, es una manera de hablar. Putin, Rafael Correa, Mahmud Ahmadineyad son presidentes de países importantes y lo han denunciado. Domenico Scilipoto, senador italiano, pidió en el parlamento que levantaran el secreto de Estado sobre las estelas químicas. Fabio Mini, teniente general y excomandante de la OTAN lleva años denunciándolo. Dan Patrick, senador americano, dice que Obama está loco y quiere cambiar el clima. Ted Gunderson, exjefe del FBI, también ha hablado sobre el tema. Kristen Meghan, técnico de medioambiente del ejército americano, vio grandes tanques de aluminio y bario en los almacenes de su base y lo quiso investigar, no la dejaron. Hay cientos de casos así, científicos y figuras públicas denunciándolo o pidiendo explicaciones. Incluso Chuck Norris.

—¿Chuck Norris?

—Es cierto, él mismo lo ha dicho. Y hay un ingeniero de la NASA, Riley Duran, que dice que el cambio climático está producido por la geingeniería, es decir, los *chemtrails*.

—Venga ya, está demostrado que es por los gases de efecto invernadero.

—Otra gran patraña. Lo del cambio climático es un fraude.

—Sofía, el clima está cambiando. Yo mismo lo veo.

—Eso está claro, son las causas lo que no está tan claro. Hay gente que dice que hay mayor actividad solar, que en el resto de los planetas también está aumentando la temperatura. Putin dice que el cambio climático es provocado y se usa como arma estratégica. Además es un negocio multimillonario y una manera de limitar el desarrollo de ciertos países. Ha sido todo una gran campaña publicitaria, son ellos los que están modificando el clima. Como arma de presión y como excusa para fumigar esas mierdas. ¿Qué país se va a arriesgar a sufrir una sequía o grandes inundaciones? Lo controlan todo, también el clima, nadie quiere salirse del redil y enfrentarse a ellos.

—No sé, Sofía, me parece una locura, la verdad.

—Es una locura. Están locos. La información está ahí, solo tienes que buscarla.

—Lo haré.

—¿De verdad?

—Claro... —mentí. No tenía intención de perder el tiempo con esas chorradas conspiranoicas—. Pero de momento voy a preparar la cena.

—Vale —me dijo. Y me sonrió de esa manera tan suya, tan adorable.

¿A quién le importa que estuviera loca? A mí no, desde luego. La cordura está sobrevalorada, más en un mundo como este.



Si está muy contenta no, porque lo mueve como si fuera una hélice. Es más cuando está feliz de haberse conocido y trota despreo-

cupada. Entonces, el movimiento del rabo de Bica es narcótico. Lo enrosca y desenrosca en lo que podrían ser suaves latigazos con un ritmo embriagador. Es una mastina de sesenta kilos, de color blanco y expresión tierna; la única que no me abandonó cuando todo se fue al garete. No necesita seguridad ni planes de futuro. No me juzga. Amor incondicional del bueno.

Por las mañanas damos un paseo por un monte que hay cerca de casa y por las tardes bajamos a la fase cuatro, una zona que no se llegó a construir pero que está urbanizada. En vez de edificios, hay agujeros enormes llenos de maleza. Pero están puestos los bordillos, algunas baldosas y casi todas las farolas. Aunque no funcionan. El cobre y las alcantarillas desaparecieron rápido, así que hay que ir siempre mirando al suelo, pero solo si andas por lo que iba a ser la acera. Yo prefiero ir por el camino que iba a ser la carretera. Es más seguro, por lo del rabo narcótico de Bica. En la fase cuatro coincidimos con todos los perros del barrio.

No tengo hijos, pero supongo que en el colegio y en el parque sucederá algo parecido. Los sueltas allí y te encuentras compartiendo tiempo con gente que no conoces de nada. Gente en tu misma situación. Mucho tiempo, en realidad. Se rompe el hielo con el tema común: los hijos, si los tienes; los perros, si estás en la fase cuatro. Y a partir de ahí ya depende de ti. Yo soy correcto con todo el mundo porque no me cuesta nada. Años de compartir piso y una infancia multitudinaria me han hecho tolerante, inmune a ciertos aspectos del ser humano.

Somos unos cuantos allí con nuestros perros. Charlamos para matar el tiempo y cuando se puede nos echamos unas risas. La mayoría son buena gente. Y tenemos un par de archienemigos.

Uno es un hombrecillo pequeño que pasa como catorce veces al día por la plaza abandonada donde solemos estar. César le llama «el Peluquines» por su peinado imperturbable y su discreto tupé, y también como forma de sentido homenaje. Camina con las manos en la espalda y algo encorvado hacia delante, vigilando con mirada suspicaz todo lo que sucede a su alrededor. A veces viene acompa-

ñado, otras no. La mujer que lo acompaña es más simpática, se intuye cierta vergüenza cuando el hombrecillo da la nota. Bica le ladró en una ocasión y, por usar su misma expresión, le puso los huevos de corbata. Son sesenta kilos de perro y si se levanta es más alta que él. Tiene una cabeza como un balón de baloncesto. Se puede entender el miedo. Si coincidimos con él, ato a Bica con la correa hasta que pasa de largo.

El otro archienemigo es el peluquero. No le gustan los perros. Ni la gente que tiene perros. Ni la gente en general. Es un idiota. El típico tocapelotas que monta el pollo por cualquier tontería y además disfruta con ello. Que vivamos en el mismo portal no me da ninguna ventaja, más bien al contrario. Al principio, cuando aún se hacían reuniones de vecinos, buscaba cualquier pretexto para tener bronca: que si el riego, que si la revisión del ascensor, que si la ventana del rellano abierta, que si cerrada. Pinchó en hueso, porque ni a Peque ni a mí nos importaban sus memeces. Le dejamos hacer lo que quiso, lo cual le provocó cierta frustración que no podía demostrar. No tenía razones para quejarse.

Ahora el peluquero busca fuera lo que no encuentra en casa. Y los perros son un objetivo succulento. Pasa con un periódico enrollado, camino hacia ninguna parte, esperando quizá que alguno de los perros se acerque y le ladre. También llama a la policía, supongo que escondido por los alrededores. Y, cuando la autoridad se digna a aparecer y toca una pareja con más normativa en la cabeza que sentido común, caen algunas multas. Los perros están sueltos y no deben estarlo, aunque sea en mitad de ningún sitio. Si el policía apela a la seguridad o dice que pueden molestar a alguien, miramos alrededor y nos encogemos de hombros mientras nos toma los datos. El ser un apestado social tiene sus ventajas, como que las sanciones administrativas te resbalan. Que me lo carguen a la cuenta. Pero a otros no les hace tanta gracia, a la gente decente y temerosa de Dios que paga sus impuestos y desea ser un miembro respetable y productivo de la sociedad; a esos les joden vivos. Todos sabemos que es el peluquero, pero yo me hago el tonto y le sigo saludando

con una sonrisa amable cuando me lo encuentro. Imagino que le molesta porque no me devuelve el saludo, y eso me encanta.

Cuando llegué ya estaban todos allí. César es un tipo curioso, ocurrente y con sentido del humor, incluso con buen corazón; pero también es impulsivo, desaliñado y de aspecto peligroso. Aquel día andaba taciturno, rumiando cualquier cosa en esa cabecita suya. Los demás trataban de esconder la sonrisa porque no era apropiado, pero visto desde fuera tenía su gracia, hay que reconocerlo. Un paso más en el camino hacia la locura psicópata del peluquero, sobrepasada ya la línea de la vergüenza ajena. Estaban deseando contrármelo, no me dio tiempo ni a preguntar.

—El peluquero ha escupido al padre de César —me soltó Carlos en cuanto aparecí.

Eso es demasiado, pensé, incluso para el peluquero. No podía creer que alguien, un hombre ya adulto, hubiera escupido a un anciano así, por las buenas. Tenía que haber algo más.

—A ver —dije—, ¿cómo ha sido eso?

—Mi padre ha salido con el perro esta tarde a dar su paseo —me explicó César— y se ha cruzado con él en la acera de mi casa, que es muy estrecha. Entonces el peluquero se ha bajado a la carretera para dejarle pasar. Y a la que se han cruzado, le ha escupido a los pies.

—¿Pero le ha dado? —quise saber.

—No, no le ha dado, pero esa no es la cuestión. Mi padre tiene más de setenta años, hostia.

—Bueno, igual no se ha dado cuenta —traté de interceder, seguía sin poder creer que alguien llegara a tal punto. Ni siquiera el peluquero.

—A ver, imagina que yo hago esto —replicó César, y empezó a representar la escena. Se alejó un poco, volvió andando hacia mí y escupió a mis pies cuando llegó a mi altura. Así visto, no había manera de justificarlo. Se le había ido la olla—. Cuando le vea le voy a decir cuatro cosas.

—César...

—No, si solo...

Entonces a lo lejos apareció una señora con un caniche y Ron, el perro de César, salió como una bala a por él. Es un perro juguetón, tan nervioso como bueno. No iba a morderle, pero la señora se asustó y trató de coger a su perro en brazos. Ron saltaba para oler al nuevo y la mujer gritaba que por favor se lo quitaran de encima. Fuimos corriendo para ayudarla y, una vez separados los perros, la señora empezó a recriminarnos que tenían que estar atados, que si es un perro peligroso, que a quién se le ocurre tenerlo suelto, que si el bozal... César estalló y empezó a gritarle que estaba hasta los cojones de oír eso, que su perro no era peligroso, que la culpa era suya por intentar cogerlo, que si... En fin... La mujer se fue muy afectada y nosotros volvimos al grupo. Nadie sabía qué decir.

Poco a poco la conversación se fue recuperando, al cabo de unos minutos el incidente ya estaba casi olvidado. César seguía a lo suyo, pero los demás charlábamos como siempre. Llegó un hombre con una cazuela en cada mano. Eran grandes y no tenían tapa. Se acercó a nosotros y nos preguntó que quién había discutido con su mujer. Sopesé la posibilidad de que el menaje de cocina pudiera ser utilizado como arma, pero eran una elección muy desafortunada. Desde luego yo hubiera cogido otra cosa.

—¿Alguno de vosotros ha insultado a mi mujer? —preguntó el hombre.

—No, no sé, yo no he sido —respondíamos todos a media voz. No queríamos delatar a nadie, pero tampoco que nos echaran la culpa.

—Venga, acaba de pasar hace quince minutos con un perro blanco pequeño —insistió—. Se han enzarzado los perros y me ha dicho que el dueño, un chico joven, le ha insultado.

—Yo he discutido con su mujer —confesó César—, pero no la he insultado.

—Pues no sé qué le habrás dicho, pero tiene un disgusto tremendo.

—Es que me ha pillado en un día muy malo. Pero no la he insultado.

—Además, es que está pasando por un mal momento —continuó el hombre—, y lo último que necesita es tener problemas a cuenta del dichoso perro. Que por mí le mandaba a la perrera al maldito animalejo, pero a ella le gusta. Y si yo tengo que aguantar al perro, hombre, lo mínimo que se espera de vosotros, que también tenéis perro, es un poco de tolerancia, me parece a mí, vaya.

En ese momento pasó el peluquero. Estábamos tan atentos al hombre de las cazuelas que no habíamos reparado en él. César se olvidó de todo en cuanto le vio.

—¡Eh, tú! —le gritó, se fue a por él—. ¿Qué le has hecho a mi padre esta tarde, eh?

—¿Yo? —respondió el peluquero—. ¿Pero qué estás diciendo, chaval?

—Que le has escupido.

—¿Qué? ¿Me estás acusando? No te pases de listo. Que yo a tu padre no le he hecho nada.

—Ah, ¿no? ¿Le estás llamando mentiroso, además? Yo tengo muy claro a quién voy a creer, y desde luego no es a ti.

—Yo no sé qué películas te montas tú en la cabeza, o tu padre, pero ten cuidado con esas acusaciones.

—La próxima vez me escupes a mí, a ver si tienes huevos.

—Ah, que me estas amenazando. ¿Me estás amenazando, chaval?

—Solo te digo que ni una más.

—Tú a mí no me amenazas, eh. Que te rompo todos los dientes.

—¿A quién vas a romper tú los dientes, pedazo de mierda? —gritó César, y sacó del bolsillo una porra extensible—. ¿A quién vas a romper los dientes, eh?

—Anda, mira al niño de la barrita —se burló el peluquero, pero dio un paso atrás—. Que viene con la barrita.

César se contenía a duras penas, se mordía el labio y respiraba con fuerza. Todos formábamos un círculo alrededor, observando un asunto que no iba con nosotros. Pero llegados a ese punto me pareció necesario intervenir. Una cosa es una discusión y otra una

agresión de final incierto. Intenté separarles y calmar los ánimos. El peluquero aprovechó para mantener su postura de gallito. El hombre de las cazuelas también quiso intervenir.

—Ya sé que esto no va conmigo pero... Por eso mismo, si pudiéramos resolver mi asunto primero para que yo me pueda ir...

Entonces César se puso a hablar con él en un tono mucho más conciliador. No sé qué decía, no pude oírlo bien. Por el otro lado, el peluquero se puso a discutir con Elena, la dueña de Ona.

—Voy a llamar a la policía —amenazaba el peluquero.

—Pues llámala, llámala —le respondía Elena—. Venga, vamos. Y le explicas por qué has escupido a un abuelo.

—Yo no he escupido a nadie.

—Eso se lo explicas a ellos.

—Escupo donde me da la gana. Y escupí en el suelo.

—Pues eres un guarro. Venga, llama a la policía, para que pueda decirles que eres un cochino.

—A mí no me insultes.

—Yo no te insulto, es la verdad. Si escupes en la calle eres un cochino.

—Mira aquí la abogada. Le ha salido una defensora al de la barrita. Menudos...

—¿Por qué no te vas a casa? —me metí yo—. Ya es suficiente.

—Me hacen gracia estos dos. El de la barrita y la abogada defensora.

—Vete a casa, anda —insistí.

—La próxima vez... —comenzó César, que ya había acabado con el hombre de las cazuelas y se reincorporaba a la discusión.

—Que no me amenaces —repitió el peluquero.

—¡Vete a tu puta casa de una vez! —le sugerí yo.

—Sí, me voy a ir porque es que aquí... Vamos, menudos...

—Vete de aquí, cochino. A ver si aprendes un poco de educación —insistió Elena.

—De ti la voy a aprender —respondió el peluquero, ya de camino a casa.



Bajé a la asamblea porque el tema era importante. Cada domingo se reúnen todos los miembros de la asociación que así lo desean en el portal del Palacio. El Palacio es el edificio más alto y lujoso de la Ciudadela. Es uno de esos edificios con nombre: «Edificio Palace», se lee en el cristal. Nadie vive allí. Supongo que si tienes, o tenías, dinero suficiente para pagarlo, lo último que haces es irte a vivir a un lugar así. Ni siquiera cuando aún estaba bien. Nos reunimos allí porque el portal es inmenso, absolutamente demencial. Uno de esos disparates arquitectónicos que al común de los mortales nos cuesta justificar. Lo ves y piensas: ¿para qué? Pues lo hemos reciclado para nuestras asambleas. Un montón de desarrapados sentados en sillas de *camping* y cajas de fruta es lo último en lo que pensaba el diseñador, seguro. Pero así es la vida, impredecible.

Los ilegales como yo han pedido ayuda a la asociación para piratear la red municipal y abastecer a las casas que no pueden acceder al suministro oficial. Entre otras cosas, porque deberían estar vacías. Ver niños acarreamo agua por las calles es chocante en el supuesto primer mundo, eso es verdad. Pero yo he votado en contra, por dos razones. La primera, porque los que vinieron de ilegales ya sabían cuáles eran las condiciones, y pinchar el agua municipal puede atraer a policía y técnicos del ayuntamiento que yo quiero lejos de mi agua gratis y de mis plantaciones ilegales. La segunda es que la infraestructura necesaria para llevar a cabo el proyecto incluye zanjas que yo, como parte de la mano de obra barata que emplea la asociación, voy a tener que cavar. Mi voto es NO, lo siento. Dicen que eso es la democracia: la suma de las voluntades e intereses individuales sometidos a votación. Y a mí eso no me interesa, de hecho va claramente en contra de mis intereses. Y el voto es libre, ¿no?

He perdido. Bien por los niños aguadores. Bien por la democracia. Pero que se guarden esas miradas condenatorias, que yo ya tengo agua y voy a tener que partirme el lomo para que los demás la tengan.



Sofía estaba en mi casa, le había pedido que me arreglara la tostadora, o el DVD, o la lavadora... No me acuerdo. Siempre estoy rompiendo cosas para que ella venga. Adoro a Peque, pero estando los tres juntos es difícil intimar con una chica. Así que me invento excusas y motivos para que podamos estar los dos solos.

Ese día la cosa iba bien, estuvimos hablando mucho. Incluso bajó un poco la guardia. Me contó cosas sobre su familia, su infancia... Algo poco habitual. Es una chica muy reservada.

Hija única, superdotada, para muchas cosas autodidacta. Había estado recorriendo internados elitistas desde los nueve años. Tenía una curiosidad desbordante que ni siquiera el sistema de estudios más dictatorial consiguió aplacar. Su madre era una mujer florero que no quería hijos. Si la había tenido a ella era por cumplir con los deberes que se le suponen a una esposa, como pago por el nivel de vida que le proporcionaba su marido.

Ese marido, su padre, trabajaba como director de contenido para un conglomerado enorme de medios de comunicación: productoras, emisoras de radio, canales de televisión, periódicos, revistas... Su nombre no salía en ningún sitio, pero tenía poder para decidir lo que era noticia y lo que no, la catadura moral de una serie, el formato de un programa o la línea editorial de un periódico. Cobraba bien, pero apenas tenía tiempo para su hija. Sofía creció en una casa grande y fría, con niñera y maestro personal, profesionales que la educaron con esmero y sin cariño. Hasta que la enviaron al extranjero.

Yo escuchaba con atención, se había creado esa atmósfera de confesión en la que alguien parece hablar más para sí mismo que para el otro. No me perdía ni la más mínima inflexión de su voz. Fue un momento mágico, y lo destrozó el timbre.

—Deberías abrir —dijo ella al cabo de unos segundos.

—No hace falta, es igual —contesté.

—Abre, anda —insistió—. Será Peque.

Acepté sin más resistencia, de todos modos el encantamiento había desaparecido. Por la mirilla vi que era César. Pregunté igualmente. Siempre lo hago, si te dedicas a lo mío nunca está de más. La manera de contestar puede decir muchas cosas.

—¿Quién es?

—Soy César.

Abrí la puerta, lo justo para asomar la cabeza.

—Qué pasa... —le dije.

—Venía a por eso.

—¿No habíamos quedado luego? Te lo bajo a la plaza.

—Es que me corre un poco de prisa.

—Pues...

—Será un minuto.

—Es que estaba...

—¿Me vas a obligar a suplicar?

—Está bien —accedí, y abrí la puerta.

—Gracias, tío.

—¿Cincuenta?

—Sí.

—Pasa...

Llegamos al salón, le dije que esperara.

—Ya os conocéis, ¿no? —pregunté a modo de presentación.

—Sí, hemos coincidido alguna vez —dijo Sofía—, el día de tu cumpleaños.

—Qué bien... —respondí. Y me fui a la habitación del fondo, la que tengo para mis cosas.

Nada define tanto el nivel de un narcotraficante como el tamaño de su Tanita, la que pesa el material y asegura una correcta contabilidad. La mía es pequeña, lo reconozco. Electrónica y jugetona, sí, pero se tarda en pesar cincuenta gramos, apenas caben siete cada vez. Sueño con una de cuatro decimales y hasta 250 g, con urna de cristal y puertas diminutas para que el aire no interfiera en la medida. Pesa el aire, ahí lo dejo. Porque el aire pesa, y el vacío también. Es para volverse loco: ¿qué coño hay cuando no queda nada?

Terminé de pesar la hierba y la metí en una bolsa de tamaño adecuado y cierre hermético. Acabado profesional, me gusta cuidar los detalles. Volví al salón y me encontré una animada conversación sobre conspiraciones, y a César en el que había sido mi lugar.

—Lo hicieron los anunnakis, llevan aquí desde el principio de los tiempos —estaba diciendo César.

—No sé si fueron extraterrestres —respondió Sofía—, pero sin duda es extraño ese alineamiento a lo largo del planeta. O las de Bosnia, que están datadas antes del Neolítico.

—¿De qué habláis? —les pregunté, y dejé la bolsa de hierba sobre la mesa.

—Del origen de las pirámides —me dijo César—, fueron los extraterrestres.

—¿Extraterrestres?

—Quién sabe... —comentó Sofía—. Es una de las teorías.

—Hay teorías para todo... —comenté—. Por suerte está la ciencia para demostrar lo que es cierto y lo que no.

—Pero tiene mucho sentido —respondió César—, eso explicaría muchas cosas.

—Como Dios antes, que era la respuesta para todo. Pero la ciencia...

—La ciencia está corrompida —me interrumpió Sofía—. Pienso en lo del flúor y las caries, por ejemplo.

—¿Qué pasa con el flúor?

—La pasta de dientes es venenosa —me dijeron.

—Venga ya... —respondí.

—El fluoruro sódico es un insecticida —me explicó Sofía—, el principal compuesto de los matarratas y de algunos antidepresivos como el Prozac. Los primeros en usarlo fueron los nazis en los campos de concentración, para sedar a los prisioneros y evitar revueltas. Y algunos científicos aseguran que produce la calcificación de la glándula pineal que, por si no lo sabes, es una parte del cerebro relacionada con los ritmos circadianos y otros procesos vitales, y además produce DMT, también llamada la molécula de Dios. Es

un órgano que ha llamado la atención desde hace milenios, los egipcios la llamaban el ojo de Horus, los hindúes la ventana de Brahma o tercer ojo, y para Descartes era el asiento del alma. Eso es lo que destrozás cada vez que te lavas los dientes.

—Yo no me como la pasta de dientes —repuse.

—Imagino que tampoco te enjuagarías la boca con matarratas, ¿verdad? —continuó Sofía—. Y el problema es que el fluoruro sódico se añade al agua potable en un montón de países, incluido el nuestro. No es ninguna tontería.

—Y qué pasa con todos los odontólogos y dentistas —pregunté—. Lo recomiendan porque forman parte del mayor complot jamás conocido, ¿no? El cártel de los sacamuelas.

—A ver... —A Sofía no le estaba gustando mi tono, y no quería ofenderla, pero no podía evitarlo—. En el mejor de los casos, los dentistas cogen la información de los artículos científicos. Solo tienes que subvencionar algunos grupos de investigación para que lleguen a la conclusión de que el flúor ayuda contra la caries dental, y si les pagas bien llegarán a esa conclusión, y entonces publican un par de artículos y ya está: verdad científica incuestionable.

—Cualquiera lo habría rebatido —protesté yo—. La ciencia funciona así, alguien se daría cuenta del engaño.

—Sí, bueno, hay algunos estudios epidemiológicos que demuestran que el flúor en el agua de bebida no reduce la incidencia de caries dental, pero se sigue echando y toda la población lo consume. Mira, el flúor se considera nutriente esencial, es decir, indispensable para la vida, como otros cuantos iones. Con una diferencia: todos los demás tienen docenas de funciones metabólicas en el organismo, por eso son esenciales, ¡docenas!. El flúor no tiene ningún papel en el cuerpo, cero, solo dicen que previene la caries. Nada más. Y ya es esencial. Eso le huele raro a cualquiera que no haga esfuerzos por taparse la nariz.

—No sé... —Me negaba a aceptar tantas tonterías.

—Es como lo de los *chemtrails* —continuó Sofía—. Tú has visto las estelas, ¿buscaste la información?

—¿Viste los del otro día? —intervino César.

—¿Tú también? —pregunté.

—Sí, los vi —respondió Sofía. Luego me miró a mí—. Primero busca la información y luego dime que no es cierto. Pero tienes suerte, el cañón también te protege a ti.

—¿Qué cañón? —preguntó César.

—He construido un cañón para neutralizar los iones.

—¿Un cañón? ¿Dónde está?

—En la azotea.

—¿Puedo verlo?

—Claro —replicó Sofía. Los dos se levantaron para irse. Ella se volvió un segundo y me preguntó—. ¿Vienes?

Negué con la cabeza y traté de sonreír, creo que sin mucho acierto. Les vi salir de casa y me quedé allí, sentado en el sillón, como un idiota. Bica se levantó de la alfombra y se acercó para poner su cabezota sobre mi rodilla, me miraba con esos ojos marrones y tristes. César volvió un segundo para recoger la bolsa de hierba que se había quedado en la mesa. Desapareció rápido, sin decir nada.

Mierda, pensé.



Lo de la zanja se estaba convirtiendo en un putito inferno. La reunión era a primera hora, a las diez de la mañana. Además, la noche anterior estuve con Peque y la cosa se nos fue de las manos. Noto que me hago viejo porque cualquier alteración de mi rutina o mis manías me saca de quicio y me deja hecho mierda. Y si bebo y fumo como aquel día no soy ni una sombra de mí mismo, un despojo de ser humano, una ameba perezosa y repulsiva.

Pero allí estaba yo, en el Palacio, a las diez de la mañana. Escuchando un breve discurso masturbatorio sobre la generosidad infinita de nuestras almas inmortales y la importancia del esfuerzo y el sacrificio. Por encima de cualquier recompensa personal siempre estaría el bien común de la mayoría. Se supone que era una charla

para motivarnos, pero yo no me encontraba bien, tenía ganas de vomitar.

Luego se hicieron tres grupos. A nuestro grupo habitual, que estaba compuesto por César, los gemelos y yo, se unió un personaje nuevo. Tomás Conde, un chaval de veintitantos, de carácter dogmático y ojos huidizos, aficionado a los aspavientos y a quejarse de cualquier cosa. Todo un revolucionario del siglo XXI que seguía utilizando palabras como plusvalía o alienación y adoctrinaba constantemente sobre el empoderamiento del proletariado. Ante cualquier argumento que él considerase un ataque a «La Revolución», se refugiaba en conceptos contundentes y ampliamente aceptados como que todos los empresarios son unos explotadores y que la guillotina arreglaría el mundo, incluido el hambre y los accidentes de tráfico. Verdades *per se*. Estas inclinaciones las combinaba, sin ningún problema al parecer, con un sibaritismo indecoroso y una aversión al trabajo casi tan grande como la mía.

Nos repartieron las herramientas. Algunas eran de las que dejó atrás la constructora cuando salió corriendo, pero la mayoría eran donaciones, voluntarias o no, de cualquier sitio al que tuviéramos acceso. Vistas en general, tenían un aspecto lamentable: hierro oxidado, picos torcidos, mangos pegados y arreglados de cualquier manera... Lo mejor que podíamos conseguir a coste cero. Sospecho que el esfuerzo, la ilusión y la generosidad infinita de nuestras almas inmortales debían compensar cualquier carencia. Sospecho que era lo que debía suceder. Pero no era cierto.

Al cabo de cuarenta minutos con esa pala y de resaca, ya iba por la segunda botella de agua y quería morirme, así de simple. Si alguien me hubiera apuntado a la cabeza con un revólver en ese momento, le hubiera dicho: «Sí, por favor. Muchas gracias».

Cada gesto me costaba horrores, me dolían músculos que no sabía que estaban ahí. La perspectiva de continuar con ese trabajo diabólico durante cinco horas más borraba de un plumazo mi generosidad inmortal y mis ganas de vivir.

Me pasé al pico, pensé que de alguna manera sería mejor. Al principio funcionó, es un movimiento más rítmico y constante. Más

simétrico. Siempre con el mismo peso, no hay que cargar tierra. Mi cabeza subía y bajaba con cada golpe, las gotas de sudor resbalaban por mi nariz y caían sobre el terreno.

La mejoría inicial pronto se vio truncada porque el movimiento oscilante me estaba mareando. Clavé el pico en la tierra, tuve que parar y apoyarme en el mango de madera. Peleé, juro que lo intenté, pero las náuseas pudieron conmigo. Acabé vomitando al lado de la zanja, con la mala suerte de que salpicó, ligeramente, las zapatillas de Tomás Conde, el Personaje.

Como si le hubiera amputado una pierna con serrucho y sin anestesia. «¡Qué asco, joder! ¿Pero a ti qué te pasa? ¡Me cago en la puta! ¡Pero qué asco!». Cogió un matojo de hierba y empezó a frotar algo que solo veía él, «Joder, joder, joder...».

Fue a casa a cambiarse. «Cinco minutos», dijo. No se le volvió a ver aquella mañana.

Me senté en el borde de la zanja, tratando de recuperarme. César me trajo otra botella de agua y un pincho de tortilla de patata. Entre eso y el descanso de quince minutos, empecé a encontrarme mejor. A veces vomitar puede ser una catarsis, expulsar de ti lo que te hace daño tiene que serlo.

Nos quedamos los cuatro de siempre: los gemelos por un lado y César y yo por el otro. Los gemelos son hijos de Juanma, de los mayores. Dos chicos que nacieron iguales y desde entonces no han hecho más que separarse. Uno es gordo, viste bien y acaba de empezar la universidad. A este le llaman Piraña, aunque no tiene edad para haber visto al personaje que le dio el nombre. El otro es flaco, zarrapastroso y zascandil, y si Juanma no fuera su padre ya sería un auténtico perro callejero. Este es conocido como Bicho, con cariño. Los dos deberían ser el ejemplo que se enseñara en las escuelas para explicar la diferencia entre genotipo y fenotipo. Porque los genes pueden ser importantes, pero la clave está en el ambiente. Algo sí tienen en común, dos cosas más bien: la inteligencia y la bondad. Aunque se manifiestan de manera distinta: la perspicacia académica y la honradez frente a la picardía de barrio y el buen fondo.

Cuando estuve en condiciones, retomamos el trabajo. Las dos parejas empezamos en el mismo sitio y avanzábamos en direcciones opuestas. Cada vez que estaba fuera de la zanja, esperando a que mi compañero acabara su parte del trabajo, me quedaba mirando la larga, larguísima cuerda que hacía de referencia. Cien metros en línea recta que debíamos cavar lo antes posible. Por los niños aguadores y eso. Pregunté si no habría otro modo de hacerlo y Piraña me explicó que no, que la única manera de puentear la tubería principal y abastecer la Ciudadela sin que el ayuntamiento se diera cuenta pasaba por esa zanja de mil demonios y un metro y medio de profundidad. Con un resoplido de resignación, volví a bajar y continué mi trabajo sin la menor simpatía por esos niños ni por sus padres.



Era ya de noche, bajaba en el ascensor con Peque y Bica para dar el último paseo del día. Llegamos a la planta baja y, al abrirse las puertas, pasaba justo por delante el peluquero. Bica se sacudió un poco y una nube de pelos blancos cayó como si fueran suaves copos de nieve. Es un proceso que tiene su belleza.

Al peluquero no le gustó.

—Supongo que luego barreréis eso —nos dijo.

—¿Qué más te da? —contesté—. Si tú vives en el primero, nunca coges el ascensor.

—Eso a ti no te importa. Son zonas comunes y hay que mantenerlas en condiciones.

—Yo mismo lo barreré —se ofreció Peque—. No te preocupes.

—Y eso que habéis montado en la azotea tampoco debería estar ahí. Ya lo estáis desmontando.

—Mira... —empecé, pero Peque me interrumpió.

—Lo de la azotea es algo bueno —explicó—. Tú también puedes usarlo cuando te apetezca. Te invitamos a tomar unas cervezas el día que quieras.

—No quiero cervezas. Y la azotea no es vuestra, es de todos, y yo no he dado permiso para que montéis nada allí. Quiero que la dejéis como estaba.

—Y que no sirva para nadie, ¿no? —repliqué. Peque me hizo un gesto para que me callara.

—Eso es cosa mía —respondió—, no tengo por qué daros explicaciones.

—¿Estás bien? —le preguntó Peque.

—¿Cómo? —Se extrañó el peluquero—. Yo estoy perfectamente.

—No, no lo estás —dijo Peque sin rastro de acritud—. Nadie que esté bien se comporta de esa manera. Si quieres hablar..., o cualquier cosa, estamos aquí para lo que necesites.

—Estás muy gordo para hacer de madre Teresa. Pero si quieres ayudar, empieza por quitar esas mierdas de la azotea.

—Lo siento, pero no lo vamos a hacer.

—Muy bien... —dijo amenazante el peluquero—. Vosotros veréis.

—En cuanto volvamos, barreré el ascensor —se despidió Peque. Nos pusimos en marcha—. Buenas noches.

—Puto amargado —mascullé entre dientes.

—¿Has dicho algo?

—No, nada... —respondí.



Llevaba cosa de un mes preparándolo. Yo sabía que algo tramaba porque es incapaz de disimular su entusiasmo, los pequeños detalles le pierden. Lo sorprendes mirándote de soslayo con una sonrisa más que sospechosa, o te hace preguntas extrañas que no vienen a cuento. Más extrañas de lo habitual. No quería estropearle el momento y le pregunté a Sofía. «Mantente alejado del tercero», me dijo. Así lo hice.

Con la zanja y los cuidados de la hierba, ya casi me había olvidado. Pero llegó el día. Eligieron un domingo a la hora del vermú.

Domingo porque estaría más descansado, y a la hora del vermicel porque es cuando la gente prudente y responsable se decide a salir de su madriguera.

Vinieron a buscarme a casa, se pusieron guapos. Sofía siempre lo estaba, pero ese vestido veraniego le sentaba muy bien. Peque estaba más presentable que de costumbre: el atuendo completo, que no es poco. Con camisa y todo. Yo aún estaba en pijama, con unas zapatillas de peluche que simulan garras. Estaba desayunando y les invité a acompañarme. Pero no había tiempo. «Vente», me dijeron. «Está bien, vamos», contesté.

Allí estábamos los cuatro: Peque, Sofía, Bica y yo, frente a la puerta entreabierta del 3.º A.

—Haz los honores —me pidió Peque.

Empujé la puerta, que se abrió con ese ruido antiguo y lleno de misterio. Entramos en la casa y avanzamos hasta el salón.

—¿Y esto? —pregunté.

—Es para ti, Johny —me explicó Peque.

—¿Por qué?

—¿Por qué no?

Hace mucho tiempo, no recuerdo cuándo, Peque y yo estuvimos hablando sobre los juguetes que más nos gustaban de pequeños. La típica conversación nostálgica y algo exagerada de «cualquier tiempo pasado fue mejor y los niños de ahora no saben divertirse». Mis tres elecciones, porque solo se podían tres, fueron los Playmobil, las maquetas de trenes y el Scalextric.

Peque había convertido el salón del 3.º A en un homenaje para ellos. Quizá la coherencia histórica y la relación de tamaños no fueran las más correctas, pero eso era lo de menos. Incluso tenía cierto encanto que en el lago, porque había un lago con agua de verdad, convivieran el barco pirata y una lancha fueraborda de salvamento. Las carreteras eran pistas de Scalextric y había raíles de tren por todas partes. Cuando apareció un Talgo como el que yo tenía de pequeño arrastrando sus vagoncitos de pasajeros casi se me saltan las lágrimas.

—No sé qué decir...

—No hace falta que digas nada. Vamos a jugar.

—¿Se puede?

—Claro que se puede, para qué son los juguetes si no. Pasa por aquí.

Me llevaron a otra habitación, y allí entendí la magnitud de la obra. En una esquina había un sofá en L y, en el lado opuesto, una televisión de sesenta pulgadas. Alrededor de ella, un montón de pantallas planas de ordenador tapaban toda la pared. También había un panel de control gigantesco para gobernar aquel imperio ferroviario.

—Esto lo ha montado la niña —me explicó Peque. Se refería a Sofía, era el único al que le permitía tomarse esas libertades.

—Desde aquí puedes ver todas las habitaciones —me explicaba ella—. Cada pantalla está conectada a una cámara distinta, aunque puedes configurarlas como más te guste.

—¿Cómo que todas las habitaciones? —pregunté, confundido.

—Todas las casas están conectadas —continuó Sofía—, Peque ha hecho agujeros en los tabiques.

—Enséñaselo, Sofi.

Y Sofía procedió a encender las pantallas y aluciné con todo aquello. Tres habitaciones, salón, cocina y dos baños, por cuatro casas. Y cada cuarto estaba lleno a rebosar de figuras de Playmobil, pistas de Scalextric y vías de tren. Peque se había entretenido en colocar cada pieza donde se suponía que debía estar. En uno de los salones había construido una réplica bastante aproximada de la Ciudadela, con el Palacio y nuestro edificio y las huertas comunitarias y la fase cuatro y todo. También me dijo que, en algún sitio, había una figura caracterizada de cada uno de nosotros. Y que debía encontrarlas. Lo he intentado, he pasado muchas horas haciendo de Gran Hermano, observando mi pequeño mundo, pero solo he descubierto a Peque y a Bica. Uno porque es muy grande, y la otra porque es un perro, muy grande también. Y porque están juntos.

También entendí entonces que los juguetes que tanto me gustaban de niño habían ido evolucionando sin mí. El Scalextric de mi infancia era un ocho bastante limitado cuya única alegría era un puente con pilares de cartón y, como ese año fui muy bueno, unos peraltes para las curvas que se compraban aparte. Ahora el mando tenía un botón que servía para cambiarse de carril y adelantar... ¡Cuando tú quisieras! Todavía lo recuerdo y se me ponen los pelos de punta. Eso sin contar los cruces, las chicanes, las curvas de todo tipo, el marcador de tiempo, el de combustible, sí, de combustible, y un montón de historias que ni siquiera habría sido capaz de imaginar en mis mejores sueños.

Era algo delicioso, y monstruoso también, algo digno de estar en algún museo para deleite de infantes de todas las edades y regiones. Pero no, estaba en el tercer piso de un edificio perdido de la mano de Dios, había sido construido por un Gigante con la ayuda de Campanilla, y era un regalo para mí.

Ni la zanja entonces ni lo que me pasó después pueden arrebatarme ese momento. Gracias, Peque. Gracias, Sofi. Me sentí niño otra vez, con esa clase de ilusión que la vida te arrebatara y ya nunca vuelve. Niño otra vez, inocente de nuevo.



Creo que la historia del peluquero con Sofía debe ser contada. Aunque ocurrió hace ya mucho tiempo, al llegar Sofía aquí.

Todos estábamos deslumbrados con la nueva vecina. Lo primero porque estaba muy buena, y sobre todo porque no entendíamos que alguien con recursos quisiera comprarse una casa en la Ciudadela.

Llegó un camión de mudanza y dos fornidos mozos comenzaron a descargar muebles, los iban dejando sobre la acera. Se fue congregando un nutrido grupo de curiosos alrededor de los trabajadores, Peque y yo entre ellos. Nos llamaron la atención cuatro baúles reforzados, grandes y negros, de los que se usan en los con-

ciertos. Metían el segundo en el portal cuando les encontró el peluquero, que bajaba por las escaleras.

—Ya podéis tener cuidado con eso —les dijo—. Como hagáis una sola marca en el ascensor tendréis que pagarlo.

—Descuida —respondió uno de los chicos. Pero el tono sonaba más bien a «vete a la mierda».

Si de verdad les preocupara, hubieran puesto un cartón o algo para protegerlo, y no lo hicieron. Eso no le gustó al peluquero.

—¿De qué empresa sois? —les preguntó.

—Lo pone bien grande en el camión, ¿no sabes leer?

«Uhhh...», se oyó entre el grupo de curiosos. Ya nos preparábamos para otra escena del peluquero, solo nos faltaban las palomitas.

Entonces apareció Sofía con su viejo Volkswagen y toda la atención se dirigió a ella. Se bajó del coche a cámara lenta, con su hermoso pelo rubio jugando a esconder ese rostro angelical. Abrió el maletero intentando ignorar todas las miradas que seguían cada uno de sus movimientos. Había dos maletas azules, bajó una sin mucho esfuerzo y, antes de que pudiera intentarlo con la otra, se oyó:

—¿Te ayudo?

Era el peluquero, ofreciendo ayuda. Todos nos quedamos con la boca abierta.

—No hace falta, gracias —respondió Sofía con ese sutil acento que nos cautivó.

Bajó la maleta y, al pasar entre los curiosos, nos dirigió un «hola...» generalizado y una sonrisa. «Hola...», respondimos todos a coro.

El encanto de la nueva vecina calmó la hostilidad natural del peluquero. Con ella se comportaba con una simpatía desconocida hasta entonces. Pensamos que se había enamorado, llegamos a considerar que bajo esa odiosa capa de inquina podía esconderse un auténtico ser humano.

Algo sucedió que cambió todo eso. Se lo he preguntado alguna vez a Sofía y no me lo ha querido contar, y al peluquero no iba a

preguntarle; no sé qué ocurrió. De repente, toda esa amabilidad se transformó en un resentimiento espantoso.

El peluquero empezó a hacerle la vida imposible. Si Sofía metía el coche en el garaje, el peluquero corría al ascensor y lo monopolizaba durante una hora. Si usaba el taladro o ponía música, llamaba a la policía para quejarse de los ruidos. Cuando a Sofía se le ocurría cocinar algo para las barbacoas de la asociación, el peluquero iba exclusivamente para joderle el plato: echaba ceniza o fingía tropezar y lo tiraba al suelo. Le metía cosas extrañas en el buzón.

Era algo bochornoso, ver a un adulto comportándose así. Pero Sofía, tampoco sé por qué, decidió jugar la partida un tiempo. Tras una serie de incidentes con el agua caliente, quiso vengarse.

Una cosa buena que tenía el peluquero era su obsesión por plantar árboles. Hasta donde los huertos comunitarios le permitieron, llenó los jardines de laureles, nogales, almendros... Pero eran suyos, lo dejó bien claro, y de nadie más. Y a Sofía no se le ocurrió otra cosa que podarlos a traición. El peluquero se volvió loco cuando lo descubrió.

Las escaladas de violencia es lo que tienen, que para cuando te quieres dar cuenta todos están de mierda hasta el cuello. El peluquero fue al garaje y reventó a rayones el viejo Volkswagen, le pinchó las ruedas. El coche en sí no vale nada, es un Golf de los ochenta. Pero es una edición especial y Sofía lo restauró pieza por pieza, estuvo años buscando cada recambio original por los desguaces de medio mundo. Le tiene mucho cariño a ese coche.

Ese día estábamos todos los habituales en la fase cuatro, doce personas con sus respectivos perros. Apareció caminando el peluquero y llamamos a los perros para tenerlos sujetos mientras él pasaba, como siempre. En dirección contraria se acercaba Sofía, que fue directamente a por el peluquero y, sin mediar palabra, le cruzó la cara de un tortazo.

Sonó, vaya que si sonó. El peluquero, como buen caballero, quiso devolver el golpe. Entonces Sofía aprovechó la inercia del movimiento para hacerle una llave, tirarlo al suelo e inmovilizarlo. Le

sujetaba el brazo con una mano y con la otra le restregaba la cara contra las piedras.

—Una sola... —le decía, conteniendo la ira—. Una sola chorrada más y estás muerto. ¿Me oyes? Te lo digo muy en serio: muerto.

El peluquero, por orgullo, no quería responder. Sofía empezó a retorcerle el brazo hasta que quebró su resistencia.

—¿Me oyes? —repitió.

—Sí... —respondió con un hilo de voz.

No le soltó de inmediato, sopesaba la posibilidad de acabar de romper la articulación. Al final le dejó.

—Ni una más —le dijo por última vez. Antes de irse, con el peluquero todavía en el suelo, le dio una patada en las costillas—. ¡Cabrón!

Los allí presentes alucinamos con el espectáculo, a mí incluso me dio un poco de pena. El peluquero se levantó tratando de restaurar una dignidad que nunca tuvo. Se fue con la cabeza bien alta y estuvo unas semanas tranquilo.

Pero pronto estaba dando por culo otra vez. A Sofía no, desde aquel incidente la relación entre ambos fue inexistente, se ignoraban con desdén manifiesto.

La nueva vecina se convirtió en un mito, más que erótico.



Ya teníamos cogido el punto al tema de la zanja. Después de unos días de aclimatación y puesta en marcha, nuestro método nos permitía avanzar a buen ritmo sin deslomarnos demasiado. Lo único que no marchaba del todo bien era Tomás Conde, el Personaje, un auténtico maestro del escaqueo. Dominaba a la perfección el arte de hacer ver que trabajas sin trabajar demasiado. Estuve estudiando su método, porque yo también me considero bastante hábil en ese campo y siempre gusta aprender de los mejores. Diría que su técnica se basaba en cuatro fáciles pasos:

Uno. Picar con brío, pero sin fuerza. De esta manera se da la imagen de un esfuerzo sincero pero que, de alguna forma, no se traduce en un avance significativo.

Dos. Ataque superficial. Romper la capa superior de tierra, la menos compacta, y remover todo lo posible la tierra levantada. Así se consigue incrementar de manera notable la superficie de trabajo y, por ende, la sensación de avance, con el mínimo coste energético. Esto lo hacía con un sutil movimiento de muñeca solo al alcance de tenistas profesionales y gente por el estilo.

Tres. Lucha contra el crono. Primera norma del escaqueador, nunca subestimes el valor de cada segundo. Si sumas unos cuantos, puedes ganar minutos de inactividad que saben a gloria. Esto se consigue con pequeños gestos hechos a intervalos regulares como, por ejemplo, suspirar, hacer comentarios, con esas gotitas de sudor que hay que limpiar continuamente, dejar el pico para estirarse con las manos en los riñones, etc., etc., etc. Lo que nos lleva al último punto.

Cuatro. Acentuar cualquier signo de empeño y sacrificio. Volvemos a los suspiros, los sonidos guturales, los juramentos e, incluso, si los demás son buena gente y se esfuerzan de verdad, ligeras críticas aderezadas con humor para que trabajen aún más y evitar la impresión de ser tú el que no trabaja.

Cabría explicar que el margen de escaqueo con el pico es mucho mayor que con la pala, ya que con ella tienes que sacar toda la tierra que haya dejado suelta tu compañero, y si tardas demasiado puede descubrirse tu estrategia.

Huelga decir que Tomás Conde, el Personaje, elegía siempre el pico.



Bica tenía ganas de salir. Se le nota porque empieza a dar guerra, viene y va y te pone la pata en la pierna. Yo estaba picado con el Scalextric, intentando superar mi récord, y le daba largas. Solo una más, que estoy a punto, ahora vamos, cinco minutos, eso le decía. Cuando empezó a mordisquear una pieza de Playmobil, se la quité enfadado y le di su palo de morder. «Mal, muy mal. Toma tu palo». Le hablo porque sé que me entiende perfectamente, aunque se haga

la tonta cuando le interesa. Cogió su palo entre los dientes y salió de la sala de control con un suspiro mitad resignación mitad despecho que yo también entendí alto y claro.

Pero me daba igual, esa vuelta era la buena. Había pasado la Ciudadela a toda velocidad y en la curva del lago había derrapado lo justo para no salirme. Iba un par de segundos por debajo del récord, cuando llevas tantas vueltas como yo el tiempo es una sensación inconsciente pero muy precisa. Sabía que esa vuelta era la buena.

Atravesé la zona del salvaje oeste con mi motorcillo eléctrico rugiendo desbocado. Para los indios y los vaqueros que acampaban por las llanuras polvorientas el Seat 124 FL Edición Rally que pasaba como una exhalación debía ser un OVNI o una aparición demoníaca. Mis ojos iban pasando de una pantalla a otra, observando con atención el progreso de mi piloto. Atravesó el último agujero de la pared y lo vi aparecer en la pantalla de la última cámara, la que está a pie de pista enfocando la llegada. Ya estaba pisando a fondo en la recta de meta cuando apareció la enorme pataza de Bica pisando el vehículo y abollándole el techo.

No fue fortuito, lo cazó con premeditación y alevosía, lo sé porque luego apareció su hocico en la pantalla olisqueando la presa.

«¡Mierda, Bica!», grité. Salí de la habitación hecho una furia, pero cuando la vi agachando las orejas con su cara de disculpas... Es que me puede. Y ella lo sabe, la muy cabrona. «Anda, vamos», le dije.

En el ascensor ya estaba todo olvidado. Ella movía el rabo mientras le rascaba detrás de las orejas.

La fase cuatro estaba medio vacía aquel día, solo andaban por allí César y Manuel. Manuel es de la quinta de Peque, divorciado, albañil prejubilado por un accidente laboral colectivo y bastante serio. Tan serio que se le conoce como «el último superviviente». Ahora invierte el tiempo y la pensión en sus aficiones: la caza, las setas, las prostitutas, el taichí... Es un firme defensor de las tradiciones y el respeto a la familia.

Me fui acercando a la pareja y desde lejos ya podía escuchar la conversación.

—Y por eso no se puede encontrar el eslabón perdido —decía César—. Somos un experimento genético. Mezclaron su ADN con el del *Homo erectus*.

—Yo es que eso de los Inanuquis... —respondía Manuel.

—Anunnakis —le corrigió César.

—Lo que sea. Yo es que no lo veo. ¿Pero no veníamos del mono?

«Hola», dije. «Hola», me respondieron. Pero no quise intervenir, preferí mantenerme al margen de la conversación. Miraba distraído a los perros mientras ponía un oído a la conferencia, por simple curiosidad.

César esgrimía un montón de argumentos irrefutables que el pobre Manuel, aunque escéptico, no era capaz de rebatir. Ante tal avalancha de persuasión, Manuel se vio obligado a recurrir al lapidario y siempre efectivo no-me-toques-los-cojones para acabar con una charla que de seguro le resultaba inquietante. La gente se siente violentada cuando cuestionas los paradigmas sobre los que se asienta su realidad. Y nadie quiere sentirse violentado, ni violado en sus convicciones. Sean ciertas o no.

Más o menos entonces apareció el peluquero con su periódico enrollado. Cogimos a los perros y le observamos caminar, despacio, paseando frente a nosotros. A mí esas pequeñas cosas me dan igual, pero a César le hierva la sangre.

—Mira cómo va. No se puede andar más despacio —se quejaba—. Se sentirá muy machito al vernos sujetar a los perros por su culpa.

—¿Qué más da? —dije yo—. Ahora se marcha.

—Después de lo de mi padre... —seguía rumiando César—. Si cree que esto va a acabar así, está muy equivocado.

—Olvídalo...

—Escupió a mi padre. ¿Tú te olvidarías?

—Precisamente por eso. Está loco.

—Es un hijoputa, eso es lo que es.

—Cuanto más lejos estés de gente así, mejor.

—¿Y que se vaya de rositas?

—¿Y qué vas hacer?

—No sé, igual le rompo todos los dientes, como decía él, o los cristales de la peluquería. O le quemo el coche. O... No sé, lo que no voy a hacer es darle una paliza delante de todo el mundo, para que encima me denuncie. Sea lo que sea lo haré sin testigos.

—Va a saber que has sido tú.

—Mejor, no le tengo ningún miedo al mierdas ese. A ver si así se le quita esa cara de chulo que tiene. Es que ese es el puto problema de esa peña. Que nadie le ha puesto las cosas en su sitio y se van creciendo, se van creciendo... Pero ya le voy a enseñar yo cuál es su sitio.

—Pasa de él.

—Ni hablar.

—Tú mismo.



Por fin la inauguración. La zanja estaba terminada y el agua corría libre hacia los más desfavorecidos. Incluso se montó el típico acto simbólico que tanto gusta a políticos y empresarios. En este caso no se cortó ninguna cinta roja, ni se dio la primera palada con traje y corbata. En la Ciudadela las cosas funcionan de otro modo.

Portal número catorce de la calle Freijomil, segundo piso. Un brazo anónimo saca la alcachofa de la ducha por la ventana ante una multitud que mira hacia arriba expectante.

Se procede a abrir el grifo.

El ruido de las cañerías se oye por encima del murmullo de la muchedumbre.

Y...

Ya sí, se produce el milagro. El agua brota con alegría formando una cascada que nos ha costado sangre, sudor y lágrimas. Más bien sudor, en realidad. Pero los gritos de júbilo se mezclan con otros de repugnancia, porque el agua es marrón y de apariencia insalubre.